

Emotivo adiós a Manuel Benito

Más de 300 personas se reúnen en una ceremonia civil en Huesca

D.A.

HUESCA.- Con emoción, respeto y silencio. Así se celebró a primera hora de la tarde de ayer la ceremonia civil en memoria de Manuel Benito Moliner, fallecido el pasado 8 de enero.

Más de 300 personas se reunieron en el Tanatorio de Huesca para recordar al amigo y compañero en una ceremonia que al propio Manolo le hubiera gustado porque sus familiares, amigos y compañeros expresaron lo que sentían por él y lo hicieron en un acto teñido de emociones contenidas.

Dos banderas republicanas

recordaban la ideología y convicciones de un hombre del que Eugenio Monesma dijo que había sido transparente y recordó dos palabras que el ex alcalde de Huesca, Enrique Sánchez Carrasco, en cuyo mandato Manuel Benito había sido concejal, le había dicho a la familia al darle el pésame: "era un hombre incorruptible y cristalino", una definición real de Manolo, según su familiar y amigo Eugenio Monesma.

Durante la ceremonia civil se leyeron poemas de Blas de Otero, Jorge Luis Borges y Ángel González, poetas a los que Manolo Benito admiraba, pero tampoco faltaron los versos que sus



Familiares y amigos de Manuel Benito asistieron al funeral civil en Huesca. PABLO SEGURA

amigos le dedicaron y en los que se puso de manifiesto su grandeza, sobre todo, como persona.

Jesús Inglada glosó la vida de su 'Querido amigo Manolo' y lo hizo con una carta -que se reproduce íntegramente en esta misma página- que conmovió a todos los presentes.

Su hermana Mamen, en nombre de la familia, agradeció las innumerables muestras de afecto y cariño recibidas, mientras que tres alumnos y ex alumnos del Conservatorio Profesional de Música de Huesca interpretaban con flauta travesera, violín y violonchelo dos piezas musicales,

una de ellas de Joseph Haydn.

A continuación, los restos mortales de Manuel Benito Moliner fueron trasladados a Monzón, para ser incinerados. Allí, en la capital mediocinqueña, recibió el homenaje póstumo del Ateneo Republicano de Monzón.

Querido amigo Manolo

Por Jesús INGLADA ATARÉS

Hace apenas unas horas que te has ido, y el sentimiento de orfandad que nos invade resulta ya insoportable. Una profunda tristeza lo está anegando todo. El aire empieza a parecernos más irrespirable y en nuestros corazones empieza a anidar una lacerante soledad. Una vasta estela de luto sin retorno ha quedado fijada en el mar de nuestras ilusiones. La extensión de nuestra herida no ha dejado de crecer, a la misma velocidad con la que ese mal cobarde y asesino te ha derribado. Nuestro dolor no alcanza consuelo. Como escribiera Cernuda a propósito de la muerte de su amigo Federico G. Lorca, también tú eras para todos nosotros "verdor en nuestra tierra árida / y azul en nuestro oscuro aire". "La sal de nuestro mundo eras" antes de que te cubriera la eterna sombra larga, la tiniebla primaria. Durante meses nos aferrábamos a la idea de que tras la noche oscura de tu enfermedad vendría el alba, y tu fuerza y tu luz nos inundarían de nuevo. Tu lucha era la nuestra, tu dolor el nuestro. Estábamos seguros de que venceríamos a la Parca, porque tu causa era justa y bella. No podíamos permitirnos el lujo de perder a un caballero del honor en esta tierra nuestra de tanto Sancho Panza. Intuíamos -como ahora, tristemente, estamos comprobando- que nos resultaría muy difícil seguir el camino sin tu tutela moral. En esas horas amargas de la enfermedad, hicimos nuestra la plegaria del caminante que acuñara León Felipe: "¡Y cuántas veces te grito: hazme un sitio en tu montura / y llévame a tu lugar; / hazme un sitio en tu montura, / caballero derrotado, / hazme un sitio en tu montura, / que yo también voy cargado de amargura / y no puedo batallar!". Pero hasta para eso eras generoso, Manolo. El dolor te lo quedaste tú solo, te lo engulliste todo entero, sin aspavientos, para que no salpicara a los demás, a tu familia, a tus amigos.

¡Sólo te quedaste con el dolor! Todo lo demás, todos los dones que atesora-

ba tu figura, los has ido generosamente regalando a todos. Somos ingente legión los que nos hemos beneficiado de tu proverbial generosidad en el reparto de tus vastos conocimientos sobre casi todos los campos del saber: antropología, etnografía, historia, arte, filología, medicina, naturaleza, cine, fotografía... Rara avis renacentista en un mundo que idolatra al especialista y menosprecia al generalista ilustrado, enciclopedista tocado de cierta veta volteriana en la condena de los fanatismos, abusos e injusticias -que te condujo a tomar partido en la defensa de los oprimidos y desheredados, tarea abnegada y desinteresada que no te libró de incomprendiones y desgarros-, eras, profesionalmente hablando, un médico. Un médico solidario, a la manera de aquellos galenos filántropos franceses del siglo XIX, los primeros intelectuales en tomar conciencia de los sufrimientos de los obreros. Así eras tú, Manolo, como Raspail, aquel doctor francés, que además del ejercicio de la profesión médica, investigó en el campo de la química, de la fisiología, del naturalismo, y aún tuvo tiempo, como tú, de desplegar una activa labor social, política y periodística.

Éramos conocedores de tu arrojo y valentía, pero no dejó de asombrarnos tu empeño en cursar, ya de mayor, y desafiando la tiranía de la cultura de la especialización, la carrera de Humanidades. Una carrera en la que, por tu gran obra realizada, ya estabas doctorado antes de empezarla. Pero tu humildad y modestia te empujaron de nuevo a las aulas universitarias. Todo ello, sin dejar de trabajar en un dignísimo y humilde tajo en el Psiquiátrico, ejercitando siempre la ternura y la ayuda, tanto a los enfermos como a los compañeros. Y, por supuesto, sin parar de leer, escribir e impartir conferencias sobre todos los temas, y por todos los rincones de tu amada tierra, siempre que eras requerido para ello, y sin pedir nada a cambio. Era tan titánico tu esfuerzo, y tan grande tu generosidad, que no encontrabas nunca



Manuel Benito Moliner. D.A.

el tiempo preciso para poder compilar en un libro tus miles y miles de páginas escritas en revistas y periódicos. Tuvo que ser un entusiasta y soñador editor de Sariñena, Salvador Trallero, quien te invitara, o mejor, te conminara, a publicar tus dos únicos libros: Álbum de adioses y Orwell, en tierras de Aragón.

Urdidor de toda clase de proyectos culturales -colaboraciones periodísticas y radiofónicas, guiones documentales, semanas culturales, jurado de premios literarios y de investigación social...- y sociales -por ejemplo, el Círculo Republicano "Manolín Abad" de Huesca, al que has dado vida y aliento-, es, sin embargo, tu fecunda tarea como tejedor de esperanzas lo que más me conmueve ahora al evocarte. Tú solo eras capaz de infundir en todos nosotros la hermosura, la verdad, la justicia. Tu preocupación ética, tu integridad personal, tu ausencia de sectarismo, tu rectitud, tu desprecio por la retórica hueca y vacía, tu coraje, tu sana ironía, tu libertad, han contagiado a todos los que te hemos conocido. Recuerdo ahora, estando ya postrado en la cama del hospital, que, sin saber cómo espantar el desamparo y el desaliento, se me ocurrió leer-te unos fragmentos del libro de Vasili Grossman Vida y destino, y al instante tus ojos se llenaron de luz. Este autor sostenía que el bien no se hallaba en los sermones de los maestros reli-

giosos, ni de los innumerables profetas habidos -y por haber-, ni tampoco en las doctrinas de los grandes líderes, teóricos o filósofos. Tu cabeza empezó a hacer movimientos de asentimiento cuando te leía: "son las personas corrientes las que llevan en sus corazones el amor por todo cuanto vive; aman y cuidan de la vida de modo natural y espontáneo... Es la bondad de una viejecita que lleva un mendrugo de pan a un prisionero, la bondad del soldado que da de beber de su cantimplora al enemigo herido, la bondad de los jóvenes que se apiadan de los ancianos, la bondad del campesino que oculta en el pajar a un viejo judío. Es la bondad del guardia de una prisión que, poniendo en peligro su propia libertad, entrega las cartas de prisioneros y reclusos, con cuyas ideas no congenia, a sus madres y mujeres. Es la bondad particular de un individuo hacia otro, es una bondad sin testigos, pequeña, sin ideología. Podríamos denominarla bondad sin sentido. La bondad de los hombres al margen del bien religioso y social".

Emocionado, al final me confesaste, con esa menguado hilillo de voz, tu confianza en el ser humano. Me hiciste una proclamación triunfante del valor supremo del amor, la única justificación de la existencia. ¡Ah, pero no te olvidas de la justicia y la solidaridad!, me dijiste.

Un amor generoso, solidarios, sin contrapartidas, como el que nos has ofrendado a todos, a tu familia -esposa, hijos, padres, hermana- y a todos nosotros, tus amigos.

Ya sé, Manolo, que desde esa serenidad que habrás alcanzado en algún lugar de esa naturaleza que tanto amabas, desatento al ansia de un consuelo sobrenatural, tras rechazar de plano la busca de "eternos dioses sordos", estarás empalagado de tanto halago, tú, que tanto rechazabas el falso oropel. Sin embargo, sigo creyendo, como te dije una vez, que "existen seres copernicanos en torno a los cuales rotamos los humanos en pos del nada fácil aprendizaje de la ternura. Acaso tales seres no lo sepan, pero ellos iluminan la mustia sombra de nuestra existencia. Así, tú, Manolo, hacedor de sueños...". Hasta siempre, amigo.